

juego de pistas)? Sin duda, la satisfacción de un trabajo bien hecho y la convicción de haber realizado una obra útil. El lector incluso puede considerar que consiguieron más que eso, pues lograron que este fresco, desfigurado por su propio autor, adquiriera al fin la apariencia que él mismo soñó, pero que jamás pudo darle. No mienten los versos de Sidonio Apolinario que González Dávila coloca como epígrafe:

Todo lo que ofrecemos es nuestro,  
todo lo que conservamos es de otro.

Los editores a la vez han conservado, transmitido y ofrecido este teatro de la Iglesia de América.

Thomas Calvo

*Université de ParisX-Nanterre*

SARA ORTELLI, *Trama de una guerra conveniente. Nueva Vizcaya y la sombra de los apaches (1748-1790)*, México, El Colegio de México, 2007, 259 pp. ISBN. 9681212754

“A río revuelto, ganancia de pescadores”: es así como, de forma muy atinada, un administrador definía la situación en Nueva Vizcaya por 1750. Unas circunstancias solapadas, donde los intereses de algunos coligados y emparentados, capitanes de presidio, terratenientes y mineros, deformaban la realidad, creaban temores y enemigos más o menos postizos. Todo ello para pescar mejor en ese río revuelto que era el estado de guerra en la región de Parral-Chihuahua. Política de encubrimiento y mistificación que ha tenido tanto éxito que hasta la historiografía reciente se ha tragado el anzuelo. Por supuesto, el principal mérito de este libro, que fue una tesis de El Colegio de México (defendida en 2003), es aclarar

esas aguas turbias, atribuir a cada cual sus responsabilidades en el clima de violencia que supuestamente pesaba sobre Nueva Vizcaya, o parte de ella, ya que Durango parece relativamente indemne.

También se debe tomar en cuenta la multiplicación de actores de cada lado. Entre los enemigos posibles hay que sumar los “exter-nos”, grandes potencias (Francia, Inglaterra y Rusia) e indios de guerra, y los internos (indios supuestamente reducidos y margina-les), con el doble panorama de una violencia endémica y el recuerdo de las grandes revueltas del siglo xvii. Dentro del marco oficial, sin entrar en más detalles, las autoridades imperiales están preocu-padas por las amenazas geoestratégicas y la posible conflagración regional, las locales por las manifestaciones cotidianas de inesta-bilidad (huidas, robos, asesinatos...) Para rematar lo complejo de la situación, la autora parte de una verificación. En el transcurso de la segunda mitad del siglo, la provincia, en su conjunto, pare-ce próspera, es la más poblada del Septentrión (cerca de 200 000 habitantes hacia 1800) y sus actividades agropecuarias y mineras siguen progresando —aunque aquí hay un punto no lo bastante profundizado.

Como es bien sabido, las reformas del siglo xviii empiezan antes de las llamadas “borbónicas” de mitad de siglo. Aquí el reglamen-to de 1729 fue el punto de partida: en aras de reducir gastos, de más eficiencia y de acabar con la mala administración de los capitanes de presidios, demasiado ocupados en sus negocios, se enmarcaban mejor las fuerzas militares regionales. En 1745 el virrey mandó otro visitador, con miras a cortar otra tajada: “es contra toda razón oca-sionar a la corona nuevos frecuentes gastos por sólo cuatro indios salteadores”. La dinámica estaba lanzada, la “guerra conveniente”, justificada: en 1748 correspondió al más antiguo capitán, del presi-dio de San Francisco de Conchos, don José de Berrotarán, defender los intereses locales (y los suyos particulares, como fundador de pueblos, terrateniente y comerciante), creando la versión “oficial” de una guerra apache. La lucha contra esa amenaza nueva necesi-

taba todas las infraestructuras militares existentes, en particular, el mantenimiento de los presidios al oeste del Bolsón de Mapimí (Conchos, por supuesto): “la boca que vomita naciones bárbaras y crueles” (Juan Agustín de Morfi).

La guerra justificaba el mantenimiento de todos los privilegios (fiscales esencialmente) consentidos hasta entonces por la corona. Y por lo tanto, suponía mantener toda la trama de explotación de los recursos (humanos y naturales) que se encontraba en manos de los pudientes, entre militares, administradores locales, terratenientes, comerciantes y mineros: algunas veces muchas funciones dentro de una sola mano. Y aquí hay que agradecer a Sara Ortelli por ofrecernos algunos retratos, aparte del de Berrotarán: en la cima de la cúpula, los Cortés del Rey, protectores y emparentados con los demás (Berrotarán entre otros), con un mayorazgo y más de 20 haciendas y ranchos por 1775. Aparecen algunos advenedizos, como el navarro Martín de Mariñelarena, minero y terrateniente de Chihuahua, donde fue alcalde ordinario y regidor, propietario de un obraje con mano de obra carcelaria. Sale a la escena uno que otro avisado, como el franciscano fray Juan de Dios Fernández de la Cueva, que confunde sus intereses personales con los de misionero, haciendo trabajar en sus propiedades a sus fieles. Todos ellos usan y abusan de los mandamientos, otorgados por las autoridades, que les permiten obtener mano de obra indígena a bajo costo.

¿Cuál es la realidad de esa guerra apache, fuera de los informes? Todo se debería apoyar sobre la tesis de una migración continua de apaches hacia el sur que tomaría la forma de una invasión. En realidad es una aserción cómoda, pero como lo demuestra Ortelli, para el caso de Nueva Vizcaya esta idea no se sostiene. La afirmación de una voluntad de destrucción del orden colonial por esos enemigos tampoco resulta corroborada por los hechos: la prosperidad de Nueva Vizcaya lo indica; en cuanto al asedio que sufrió Chihuahua, los problemas de abastecimiento en la ciudad están más ligados al atravesamiento de los granos por los comerciantes que al

acoso del enemigo. En realidad, bajo el encubierto de los apaches muchos indios de los pueblos cometen fechorías. Y en 1770 esto obliga a modificar el discurso.

Dentro de los recursos de la provincia uno es particularmente apetecible y accesible a los malhechores de toda calaña, el ganado, sobre todo caballar y mular, más móvil, más solicitado por la economía (minas y transporte). Toda la parte central y más novedosa del libro está dedicada al abigeato, a la vez como transgresión social, actividad “económica”, cemento regional. El enemigo interior se dedica en grande al robo de ganado, y del apache se pasa a la figura del rebelde o infidente, sea éste tarahumara huidizo, u otros “vagos y mal entretenidos” de las castas (para retomar la terminología entonces de moda), sin olvidar a los rancheros y sus familiares. Dos grandes esquemas: los integrados en el sistema colonial, que forman clanes directamente implicados en redes que abarcan toda la provincia, asegurados por la impunidad que ofrece la protección de pudientes, y el conglomerado de los verdaderos marginales. Los Sáenz, establecidos en el rancho del Tule (unas 50 personas en 1790), cerca de Parral, son emblemáticos del primer caso; se codean con los Cortés del Rey, por lazos de compadrazgo. Sus conexiones, como una nebulosa se extienden hacia abajo hasta Juana Manuela Sarmiento, encubridora de robo de ganado, propietaria de una pequeña tienda donde expendía los productos robados. Por fin el clan extendía su actividad desde la Huasteca potosina hasta la costa. Por otra parte se concentran en las sierras (como la del Rosario, al oeste del Bolsón) grandes conglomerados humanos —varios centenares y hasta miles de participantes—, entremezclando apóstatas, castas y hasta europeos, al acecho de los ganados circundantes.

Con certeza Ortelli resuelve uno de los problemas que supone el análisis de esas actividades delictuosas mediante la reincidencia: no se trata de ladrones ocasionales, sino de un modo de ser, de amplios grupos dentro de la sociedad, que se benefician de pro-

tecciones y también de tolerancia, ya que el chivo expiatorio es el apache. Por lo tanto, el abigeato es un negocio, con sus reglas, sus temporalidades (tiempos de seca), sus caminos (más amplios en el caso de infidentes, más internos para el simple abigeato), sus intercambios (contra flechas, arcos y gamuzas, tratándose del contacto con los apaches, en el norte).

Tal situación, donde unos y otros se encubren mutuamente, se esconden detrás del otro, en los mismos espacios (o complementarios, llanuras y sierras), no podía sino llevar a una “normalización” de las percepciones y las actitudes. Y es así que hacia 1790 llegó un discurso de pacificación que tomaba la contracorriente de todo lo anterior: “pan” (en realidad carne) para los apaches, “palo” (en realidad control reforzado) para los infidentes. ¿Como explicar tal flexibilidad? “Muchas explicaciones que han estado generalmente asociadas con los intereses imperiales y con las provincias interiores y los espacios fronterizos tienen más que ver con las necesidades y objetivos de los poderosos locales.” Y con esto, cuando habíamos empezado con una polvorienta guerra apache, estamos proyectados hacia los grandes arcanos de la política imperial, hecha de negociaciones, como se debe.

Thomas Calvo

*Université de ParisX-Nanterre*

Patrick J. McNAMARA, *Sons of the Sierra. Juárez, Díaz, and the People of Ixtlán, Oaxaca, 1855-1920*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2007, 282 pp. ISBN 13-978-0-8078-5787-8

El autor enfoca el problema perenne de la larga duración del régimen de Porfirio Díaz. Su manera de abordar este tema se distingue de la de muchos otros historiadores por su análisis de la visión desde